

# NUESTROS ORÍGENES

---

## Página inicial de la Reglas de Vida de las Hijas de María Inmaculada y de la Compañía de María

**Guillermo José CHAMINADE** (1761-1850), sacerdote, desarrolló en la diócesis de Burdeos un **ministerio siempre fiel y, a menudo arriesgado**, en los años difíciles de la Revolución Francesa. Después se encontró ante una **situación apostólica nueva**: ignorancia de la fe, indiferencia religiosa, abandono de la vida cristiana y descomposición de las estructuras de la Iglesia. Deseando consagrar el resto de sus días a **infundir nueva vida en la Iglesia**, pidió y obtuvo el título de **Misionero Apostólico**. Bajo el influjo del Espíritu Santo fue comprendiendo que, para aquellos tiempos, eran necesarios **medios nuevos**: instituciones nuevas, métodos nuevos y hasta un nuevo tipo de misioneros.

**Vivir en comunidad con espíritu evangélico** fue siempre un medio eficaz de arraigar profundamente la fe en las personas y, a su vez, un ambiente estimulante para cumplir sus exigencias. Así lo experimentó el primer grupo de apóstoles convocados en torno a Jesús, a quién siguieron de cerca formándose con sus ejemplos y con sus enseñanzas. Parecida fue la experiencia de la primitiva Iglesia, unida a María en oración y en espera del Espíritu. Tal fue, también, la experiencia de la **primitiva comunidad de Jerusalén**, que ponía todo en común y tenía un solo corazón y una sola alma.

Inspirado por el Espíritu de Dios, el Padre Chaminade llegó a comprender las fecundas posibilidades que una comunidad cristiana entraña para el apostolado. Una comunidad puede **dar el testimonio de un pueblo de santos**, mostrando que **el Evangelio puede practicarse con todo el rigor de su letra y de su espíritu**. Una comunidad puede **atraer** a otros por su mismo género de vida, y **suscitar nuevos** cristianos y **nuevos** misioneros, que den origen a **nuevas** comunidades. La comunidad se convierte así en **el gran medio de recristianización del mundo**. De esta intuición fueron surgiendo los primeros grupos de hombres y mujeres que el Padre Chaminade fundó como **congregaciones**.

En esta obra el Fundador **se inspiró en María**, contemplada en Zaragoza, Virgen fiel que **acogió y meditó en su corazón la Palabra del Señor**, Mujer que **nos dio a Cristo, Madre que forma a todos los creyentes**. María encarna las actitudes del **Evangelio**, en oposición al espíritu del mal. Nos transmite la consigna de **hacer cuanto Jesús nos mande**. El compromiso del congregante consistía en una consagración a María, para **asistirla en su misión**.

En 1808, el Padre **Chaminade encontró a Adela** de Batz de Trenquelléon, nacida en Feugarolles (Lot-et-Garonne) en 1879. Rebotante de espíritu misionero, Adela estaba al frente de una **pequeña asociación** e impulsaba a sus miembros a crecer en el amor a Cristo y a restablecer la fe en el Agenésado. La semejanza entre esta "pequeña asociación" y la Congregación de Burdeos impresionó al Padre Chaminade, y por ello propuso a Adela y a sus asociadas que **se agregaran a la Congregación**. Con alegría por una y por otra parte, se aceptó la propuesta. Sin ninguna dificultad impulsó el Padre Chaminade el entusiasmo misionero de la "pequeña asociación", haciéndoles descubrir los beneficios de la **consagración a María**.

Y así, llevados por el Espíritu, los Congregantes fueron profundizando en las exigencias de la consagración a María hasta desear entregarse más completamente a Dios y a María en la vida religiosa. **La Congregación dio entonces origen a dos Institutos religiosos: las Hijas de María Inmaculada**, en cuya fundación colaboró el Padre Chaminade con Adela de Batz de Trenquelléon en Agen en 1816, y la **Compañía de María**, que nació en Burdeos en 1817. El Padre Chaminade veía en estas dos fundaciones **“el hombre que no muere”** capaz de mantener, animar y extender la red de comunidades y obras, fundadas bajo su inspiración.

En cuanto Adela pudo realizar su **“querido proyecto”** –así se refería a la Fundación antes de 1816-, se consagró a él con todas sus fuerzas. Desde sus primeros años, su **amor a Cristo** fue intenso y personal: este mismo amor era la fuente de su capacidad creadora, cuando se trataba de estimular el fervor de sus compañeras; llevada por ese amor, encontró en el Instituto el medio de hacer conocer y amar a Aquel a quien se había consagrado.

**Mujer de fe**, con una **bondad llena de delicadeza y solicitud** por cada una de sus hermanas, supo inculcarles ese **espíritu misionero** que la llevaba a decirles que “estuviesen dispuestas a ir al fin del mundo para salvar a una sola alma”. Impulsada por esta pasión, sin regatear ningún esfuerzo, tuvo una aguda conciencia de la precariedad del tiempo y lo aprovechó hasta su muerte en 1828. Acogió entonces a su Señor con estas últimas palabras: “¡Hosanna al Hijo de David!”.

La vida del Padre Chaminade revela un **profundo sentido de la Providencia**. Compenetrado con la **misión de la Iglesia**, dotado de un gran poder de **adaptación** y profundamente **sensible a las necesidades de la época**, se mantuvo siempre dispuesto a responder a las **llamadas del Señor**. Tuvo, además, una **perseverancia tenaz**, un profundo **espíritu de oración** y una gran capacidad para **reflexionar y discernir la voluntad de Dios**. Quiso imprimir estos mismos rasgos en los marianistas de todo tiempo.

Hoy se suele designar a los diferentes grupos, vinculados de algún modo al carisma del Padre Chaminade con el título genérico de **"Familia de María" o "Familia Marianista"**.